

vistosos barracones y aquellas instalaciones más ó menos precipitadas, en las cuales se venderá y se exhibirá cuanto puede venderse y exhibirse sin faltar al decoro.

Nos hemos vuelto muy exigentes, muy quisquillosos, muy refinados en todos los terrenos. Antes, con cuatro tabloncillos pintorreados se satisfacía el buen público. Ahora, se pide hasta elegancia á esas construcciones de un día; hasta belleza arquitectónica á tan efímeros edificios.

**

Vuelvo á coger la pluma después de haber presenciado el desfile de la regia comitiva en dirección al Congreso para la ceremonia de la jura. Plumas ágiles y acostumbradas á la instantaneidad de la prensa han descrito esa solemnidad pocas veces presenciada. Y debo añadir que es de las que tientan á la pluma á describirlas. Más bien que en la crónica, en la novela, donde cabe todo el detalle vivo y pintoresco de una página semejante, cabría intercalarla, después de cincelarla finalmente.

El día era espléndido. Después del crudo invierno y de la desapacible y agria primavera que hemos sufrido, acaso por primera vez el cielo se mostraba de un azul purísimo, sin la esfumadura de una nube, y el sol derramaba pródigamente luz y calor, no tanto que fatigase, si lo bastante para animar y alegrar el aire y encender un rayo de fuego y oro en las telas amarillas y encarnadas que decoraban las tres cuartas partes de los balcones. Yo pensaba para mis adentros qué sería si el rey Alfonso XIII nace en diciembre ó en cualquiera otro de los meses feos y rigurosos del año. Mayo es un buen padrino, un patrono risueño y dulce. — ¿Y si, por ejemplo, nace en agosto el rey? ¿Qué fiestas de la jura iban á celebrarse, cómo y dónde?

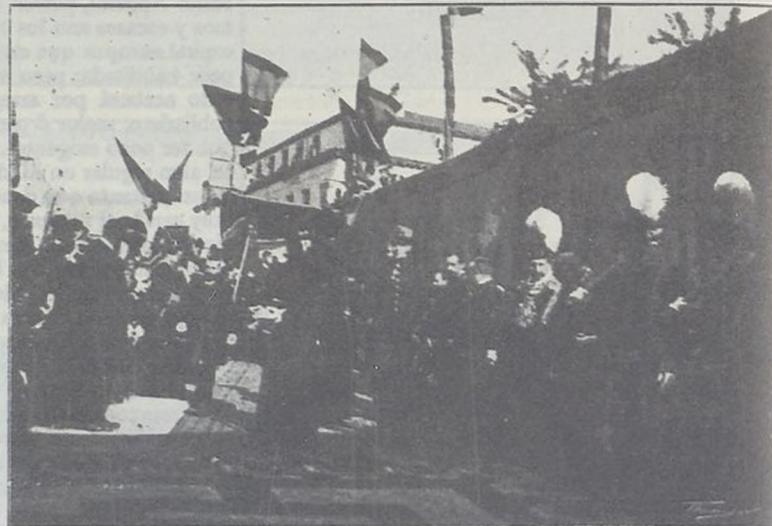
Ello es que nació en mayo, y lo que nace en mayo trae ya su corona de flores, en vez de las duras espinas y las secas y mustias hojas que ciñen á otros meses. Y mayo — que al principio de sus treinta días venía tan desapacible que marcaba 2º bajo cero á la sombra — quiso, en honor de su ahijado, desarrugar el ceño y tender su manto de gasas doradas para prestar alegría á este Madrid que tan laboriosamente va convirtiéndose de destaralado poblachón, «el más grande de Castilla,» en moderna ciudad.

La comitiva, como un río de curso lento y majestuoso, bajaba por la Carrera de San Jerónimo, allí donde se ensancha y ya parece una vía moderna, y cegaban los resplandores de tanto bordado, entorchado, diadema, collar, el flotar imperceptible de tanto plumero blanco coronando los sombreros de gala, el brillo de tanta guarnición de plata y oro, la vistosa combinación de tanto color limpio, vivo, intenso, en telas nuevas y flamantes. Todo ello tenía ese aspecto Carlos IV, esa seriedad fastuosa y algo amanerada, que nos trajeron los Borbones franceses. Y es que á esa época corresponden las carrozas de corte en su mayor parte, las libreas, las guarniciones, los penachos. Quizás en ningún tiempo se supo combinar mejor la pompa decorativa con la elegancia y la delicadeza. El lujo de ese tiempo, á la *Federica*, ya no es el bárbaro derroche de la Edad media, con contrastes de opulencia y miseria, ni la artística y pagana ostentación del Renacimiento. Es un minueto correctamente bailado, con finuras y solemnidades palaciegas — y nuestra época no ha sabido inventar nada mejor para el asunto.

Las carrozas, en su forma, tienden todas á ese estilo Carlos III y Carlos IV, con curvas aparatosas y adornos de artística gracia, *vernís Martin*, ó incrustaciones de oro sobre la concha. Interiormente, el *capitoné* de raso ó seda brochada *Pompadour* sirve de camarín á las damas ataviadas regiamente, á quienes vemos como en un relámpago de blancuras de raso y de fulguraciones diamantinas. Los caballos llevan un paso acompasado y digno, como cortesanos penetrados de su importancia. También en su pelaje castaño ó gris de plata riela el sol, y

sus ancas gruesas, lucias y limpias, parecen vestidas de tela de *moiré*. El ruido metálico de las guarniciones se percibía entre el rítmico golpe de los cascos sobre el pavimento. Los grandes penachos de plumas oscilaban blandamente, con gentil balanceo.

La gente repetía nombres augustos: «Ahí va la infanta Isabel... ¡Aplaudirla!.. Ahora los príncipes de Asturias... La infanta Eulalia... ¡Qué bonita! ¡Qué cara tan encantadora! El coche de respeto... ¡Ahora los reyes! El rey va emocionado... — No, va sereno... ¡Ay, la infanta María Teresa!.. ¡Qué simpática, qué mona!..» Los diversos matices del sentimiento que despiertan tan altas personalidades se revelaban en estas diversas exclamaciones. ¡Qué cantidad de flui-



MADRID. — LAS FIESTAS DE LA JURA DE S. M. D. ALFONSO XIII. — El rey en la ceremonia de la colocación de la primera piedra de la escuela que ha de construirse en La Florida (de fotografías de J. Cao Durán).

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

UNA FECHA

No se puede hablar en estos momentos sino de las fiestas, y claro es que las opiniones andan divididas, y que unos lo ven todo de color de rosa y otros todo negro. Procuremos colocarnos en el ápice de la realidad, y examinemos esta cuestión con un espíritu de justicia.

**

Lo primero de todo, yo reconozco que en estos festejos hacen el gasto la percalina, el cinc y el cartón. Los leones, castillos y figurones de la Carrera, los osos del madroño (que fué preciso retirar), los arcos de triunfo y en general todos los artilugios erigidos estos días en la villa y corte de Madrid para ornato, gala y señal del regocijo de su vecindario, son de los materiales menos sólidos y resistentes; cuando llueve se ablandan y destiñen y si lloviese tres días seguidos se los llevaría la trampa. ¿Pero es que esto no sucede en todos los casos análogos? ¿Se van á emplear mármoles, bronce, sedas y terciopelos para lo que apenas durará cuanto dura una rosa?

Lo único que me parece muy de desear, es que los armatostes de madera destinados á tribunas, graderías, palcos, etc., sean sólidos y firmes y no nos den un disgusto. Cuando veo tanta madera negruzca, apolillada y vieja, que va á servir para aguantar el peso de tanta gente, de tantos cuerpos humanos, de tantos kilogramos de carne y hueso, me entra terror. A ver si ocurre aquí algo parecido al derrumbamiento del puente del Arno, que inspiró á Dante su *Divina Comedia*, ó para no buscar en tiempos tan remotos como el siglo XIII ejemplos, algo análogo á la reciente catástrofe acaecida en una de esas plazas de toros que se arman con cajones de pasas y luego se desbaratan en un segundo.

**

Y mientras Madrid se adorna y empavesa por todas partes, ostentando colgaduras más ó menos ricas y bellas, no pocas de zaraza y coco encarnado y amarillo, las menos blasonadas, con el carácter de los antiguos reposteros, la gente anda aturdida, loca, hecha una devanadera, en busca de *billetes*. ¡El billete! Esta palabra mágica es la que suena en todas las bocas y retiembla en todas las ondas del aire: esta palabra es el misterioso talismán que abre las puertas; talismán de cartulina con letras de purpura... Billetes para la jura; billetes para los toros; billetes para las inauguraciones; billetes para el teatro Real y el Español, en los días de gala; invitaciones para palacio y los jardines del Campo del Moro; invitaciones para esto, aquello, lo otro y lo de más allá... esto es la pesadilla del que ha venido para asistir á los festejos de la jura, tal vez desde un rincón de España, y encuentra que, sin el talismancito de cartón, no puede ver más que los adornos, de cartón también, de las calles y las plazas, y las atracciones de la feria del Retiro, que promete ser lo más animado, popular y espontáneo de cuanto aquí se va á celebrar.

Es por lo menos lo que se hizo sin carácter oficial, por buena voluntad de las Sociedades y Centros y de las industrias particulares. En tal sentido, es sincera la animación y alegría que revelan aquellos

do psíquico desarrollan los reyes y las personas colocadas en muy alta situación! Si ellos supiesen el alcance de esta fuerza formidable de que disponen, la aprovecharían. Una palabra, un gesto, un movimiento, es *energía* positiva en un rey. Aun en momentos de tal decadencia para la idea monárquica como fueron los de la plenitud de la Revolución francesa, la sonrisa de una regia boca transformó en un instante los sentimientos de un acendrado revolucionario...

**

Yo pensaba en eso: es un problema muy curioso de psicología, que me ha preocupado siempre. — Sostengo una paradoja: no necesita un rey constitucional gobernar bien, pero necesita siempre ¡sonreír! Y su sonrisa, y su amable gesto, y la dulzura de su mirar, son un arma, más poderosa que los cañones y los fusiles. — La multitud se adelanta á los sucesos, y adivina y comenta hasta las intenciones de las personas reales: llega al extremo de compadecerlas, de sentir sus menores contrariedades, de ofrecerles el bálsamo del cariño si cree que sufren, y ¡aunque no sufran! Ahí está el caso de la infanta María Teresa, que ciertamente, rodeada del amor de los suyos, en la primavera de la vida, en tan elevado lugar, no puede ser más que venturosa. Pues bien: hay en el pueblo madrileño un instinto romántico y una necesidad tal de emoción, que se ha dedicado á manifestar una piedad tierna á la dulce niña, y la llama afectuosamente «la pobre infanta Teresa...»

**

Y mientras yo pensaba en esto, la comitiva desfilaba, el raudal de luz y esplendor descendía hacia el Congreso, bajo cuyo gigantesco baldaquino rojo iban á bajarse de sus carrozas los personajes llenos de entorchados y las damas nimbadas de tul y prolongada la figura por la inmensa cola del traje de gran etiqueta. — Y nadie, nadie sospechaba que justamente frente á los balcones desde los cuales presenciábamos el desfile, en el portal que veíamos abrirse á tantos metros de distancia como es el ancho de la calle, había encontrado la autoridad hacia un par de horas el depósito de cartuchos de dinamita que, á ser lanzados allí, nos hubiesen costado probablemente la vida...

Y mejor era ignorarlo. ¿Quién existiría si todo se supiese ó se presintiese?

La inconsciencia es el eje de nuestro espíritu.

EMILIA PARDO BAZÁN.